

**REMBRANDT**  
(de Holanda y sus tres pintores)

Roma, 1957

La obra más fuerte, más viva y más alta de Rembrandt, no son sus cuadros, sino sus dibujos, esos dibujos que por lo demás, no son nunca dibujos, sino pintura. ¿Qué le sucede, pues, a un pintor tan extremosamente pintor, con su pintura? Le sucede que...*cae* en ella; cae en ella y se hunde, se pierde en su densidad. Esas desmesuradas dotes de pintor obcecado, cerril, lo precipitarán en el barrizal pastoso, sordo, de lo pictórico puro, de lo plástico puro, y lo veremos tropezarse con el fondo material de la pintura, del lecho cenagoso de la pintura, quedando atrapado en él. Tiene, quizá, demasiada hambre pictórica (no un hambre santa, de pobre, sino un hambre de rico, es decir, plebeya), un hambre que lo llevará a la comilona, al desenfreno, a la perdición. Rembrandt se extravía en el espesor de sus facultades, de sus posibilidades, y delante de la tela cederá demasiado a su deseo, al río grueso de su deseo; pero el deseo, como se sabe, no busca crear, sino... *destruirse*. Sus obras pictóricas (frutos de una turbia apetencia y de una fatal inspiración) vivirán, o mejor, sobrevivirán, pero eso sí, sofocadas, asfixiadas por ese lastre pictórico, y no sostenidas por él, como suele pensarse hoy. ¿Y qué sucede, pues, con un pintor tan extremosamente pintor, es decir, tan nada dibujante, con sus dibujos? Sucede que cuando dibuja no dibuja, sino que... *pinta* (no puede dejar de pintar, ya que se trata en él, no de una vocación, sino de una condensación), pinta como nunca porque la excesividad de sus posibilidades pictóricas han quedado reducidas aquí, ante el papel y la tinta solos, a mucho menos de su mitad, o sea, a su medida justa. Una especie, pues, de ascetismo, de nobleza, de clareza, le serán impuestos. Y una vez atacada y minada esa lujuria tumultuosa del pintor-pintor, lo encontraremos obedeciendo a un instinto más noble. Un trozo de papel y un poco de tinta son tan poca cosa que aquellas delirantes dotes suyas, sin morir lo más mínimo, entrarán en un cauce de cordura y, sobre todo, de *transparencia*. Y transparencia es lo que ansiábamos para él. Sin transparencia, por lo demás, no podría vivir nadie; podrían, quizá, *existir* cosas, pero cosas de materia inanimada, sordomuda, torpe.